

El contenido revolucionario y político de la autoridad carismática de Fidel Castro

Nelson P. Valdés

Profesor. Universidad de Nuevo México, Estados Unidos.

*Fidel, Fidel, qué tiene Fidel,
que los americanos no pueden con él.*
Canto de la multitud (28-9-1960)
Plaza de la Revolución

En este ensayo se examinará la importancia de la dirección de Fidel Castro en el proceso complejo y cambiante que recibe el nombre de «Revolución cubana». Se aborda conscientemente el tema desde una perspectiva que minimiza lo que otros autores han recalado siempre. Casi todos los que han escrito sobre Fidel Castro comienzan con el concepto de la central importancia de su personalidad. El título del libro de Lee Lockwood —*Castro's Cuba, Cuba's Fidel*— resumía el marco dicotómico dominante.¹ El presente ensayo indaga el contenido revolucionario y político de la autoridad carismática de Fidel Castro, algo que se encuentra poco en la literatura. Me aparto del usual canon incontestado que solo presta atención al hombre y no a las políticas a que da origen su ejercicio del poder. Además, examino el contexto en que se produce la adopción de decisiones. La práctica objetiva de la

Revolución es fundamental para hacer comprensible la autoridad carismática de Fidel Castro.

Abundan los libros sobre la estructura de su personalidad y carácter, aunque sus autores no han solido ser personas formadas en el campo de la psicología. De algún modo, se ve a los cubanos abrazando las políticas de la personalidad, mientras europeos y norteamericanos se apoyan en instituciones políticas. O así se dice. No hace mucho, un autor pudo escribir:

La historia partidista cubana, como la de sus repúblicas hermanas, refleja la importancia de las personalidades (el personalismo) endémica en la política latinoamericana, donde el liderazgo carismático y el papel de los líderes individuales, y no la ideología o plataforma del partido, guían la acción política. Y, como han afirmado ya muchos autores, Fidel Castro es un eslabón más en el significado histórico del *personalismo* en Cuba.²

En 2004, un profesor de la Oficina de Asuntos de Cuba en el Departamento de Estado de los Estados Unidos no se apartó de la tradición: «Los regímenes políticos personalistas, como el de Castro, difieren de los regímenes basados en instituciones porque la

personalidad y el carisma del líder tienen mayor peso que lo que él representa».³

La investigación social, sin embargo, no puede basarse en supuestos o descripciones. Incluso si fueran precisas, no constituyen explicaciones. Debe haber un examen más estrecho de por qué las cosas son así, trátase del personalismo o de cualquier otro elemento. El liderazgo político debe enfocarse a partir de la más amplia matriz social y cultural en la que se encuentra insertado; de no ser así, descendemos a las premisas de rasgos inherentes a un grupo, clase o nacionalidad. ¿Qué es lo que informa al personalismo o caudillismo? No podemos tratar estos asuntos como si fueran meros hechos reconocidos o productos secundarios de algún tipo de carácter nacional o «esencialismo cultural» cubano. La cultura nunca es algo en sí misma.

Este artículo debe considerarse como la tercera parte y final de una trilogía sobre el carisma en Cuba. La trilogía atiende aspectos diferentes del «carisma revolucionario». Mi tesis central es que este constituye el resultado de la intersección compleja de la historia política institucional (primer ensayo), el medio político-cultural (segundo ensayo) y la biografía individual (ensayo actual). Describiré y analizaré aquí al hombre en particular —Fidel Castro— y los recursos que introdujo en el proceso histórico del que ha sido parte como objeto y sujeto. Antes de presentar los aspectos principales, es necesario revisar brevemente el significado de *carisma* así como la importancia de las condiciones estructurales y de la cultura política popular.

Definición de carisma

Max Weber introdujo un enfoque sistemático del concepto de carisma. Su definición sigue disfrutando de una amplia aceptación. Por ejemplo: «El término carisma se aplicará a una cualidad dada de una personalidad individual en virtud de la cual se le coloca aparte de los hombres ordinarios y se le trata como dotado de cualidades o poderes sobrenaturales, sobrehumanos o *al menos específicamente excepcionales*».⁴ Según el autor, estas cualidades «no son accesibles a la persona corriente, sino que se contemplan como de origen divino o *como ejemplares, y basándose en ellas se trata al individuo como líder*».⁵

El carisma implica una relación social entre el líder y sus seguidores. No hay líder carismático sin seguidores. Entonces, la cuestión es ¿cuál puede ser la circunstancia que convenza al pueblo a seguir al líder? ¿Esa relación social especial es conferida simplemente por algún agente sobrenatural o la persona que se convierte en líder carismático gana la confianza de los seguidores? Aquí estriba la profunda diferencia entre quien cree que alguien posee cualidades singulares intrínsecas y quien percibe las acciones y consecuencias de su comportamiento. Lamentablemente, Max Weber no desarrolló la idea de

si un líder puede hacerse carismático como resultado de su desempeño personal durante un período dado. Sin embargo, describió las circunstancias en que puede producirse la autoridad carismática.

Ian Robertson observa apropiadamente que el carisma es «un atributo extraordinario de las personas que permite a sus poseedores *dirigir e inspirar* sin necesidad de autoridad formal».⁶ Las personas se convierten en sus seguidoras porque, mediante su acción social y sus resultados subsecuentes, el líder demuestra poseer *cualidades extraordinarias*.⁷

El momento carismático, indicio sagrado y transformación del liderazgo

Los momentos de crisis y ruptura institucionales hacen posible el liderazgo carismático. Las circunstancias singulares que conducen a la desaparición de la autoridad política basada en un sistema jurídico-racional codificado, o que descansen en instituciones tradicionales, crean una oportunidad para el surgimiento de la autoridad carismática. Cuando no es posible conservar el viejo orden porque sus instituciones no funcionan o no existen, al tiempo que fuerzas sociales y políticas externas al sistema aumentan su presión, aparece el *momento carismático*.

En el preciso momento en que la jerarquía batistiana huyó, en Cuba todas las instituciones estatales —policía, ejército, gobiernos nacional y locales, poder judicial, etc.— quedaron sin líderes. Esto se debió al hecho de que los mecanismos tradicionales de control social se habían deshecho y no se percibían sustitutos. Al escapar, el dictador no se encontraba en posición de dejar un gobierno provisional de transición. Todos los esfuerzos en ese sentido fracasaron. Por tanto, el 1 de enero de 1959 llegó a su fin toda la maquinaria estatal burguesa construida desde 1940.⁸

Las cualidades personales de Fidel Castro, combinadas con la ruptura del viejo orden político, la concatenación de condiciones estructurales, crisis institucional, vacío de autoridad y la aparición de un indicio compartido comúnmente, sin dudas ayudaron a producir una apertura en el desarrollo de la autoridad carismática. El liderazgo individual sin crisis de autoridad no da origen al carisma.⁹

El carisma de Weber o *El príncipe de Maquiavelo*

Max Weber guarda silencio sobre los atributos que debe tener un líder carismático. No es de sorprender. Le interesa tanto la relación social (líder-seguidor) y la interpretación que los seguidores hacen del líder que no aclara los rasgos concretos de una persona. Afirma:

El carisma debe considerarse una cualidad poco común de una personalidad individual [...] Invierte a la persona de [...] poderes extraordinarios que no se encuentran al alcance de otros individuos. Estas cualidades se consideran de origen divino o características personales ejemplares y, por tanto, designan al individuo como líder. *De qué modo puede evaluarse «con objetividad» la cualidad pertinente [...] resulta sin dudas irrelevante*: solo es de importancia cómo los gobernados carismáticamente (o sea, los «seguidores») evalúan esta cualidad.¹⁰

A la tradición de *verstehen* weberiana solo le interesaba la interpretación subjetiva que los seguidores tenían de las acciones del líder, sus interacciones en el tiempo y la dinámica general del ejercicio del poder carismático.

Existen variaciones en el empleo del término carisma. Ramón E. Ruiz lo vincula a un descriptor que se aplicaba en los años 50. Dice: «En Fidel Castro los cubanos encontraron a su último líder, un *joven caudillo carismático* osado y políticamente agudo que decía hablar por los ideales de Martí».¹¹ Para Tad Szulc, el carisma implicaba una personalidad fuerte:

La cuestión fundamental acerca de Fidel Castro, la revolución de 1959 y la transformación de Cuba en un Estado comunista es, naturalmente, si toda esta experiencia estuvo dictada lógicamente por la historia de Cuba, o si representa una aberración política extraordinaria instigada, sobre todo, por su *sobrecogedora personalidad*.¹²

El politólogo Edward González funde carisma con caudillismo y personalidad:

Fidel exhibía una *poterosa personalidad política* que tendía a dominar igualmente a seguidores y adversarios [...] poseía las *cualidades personales del caudillo supremo* —fuerza física, valor, audacia y autoritarismo— de las que ellos mismos carecían, pero podían ahora alcanzar indirectamente a través de su héroe [...] Dotado de machismo, fuertes convicciones personales y poder retórico, demostró también ser capaz de *dominar personalmente incluso a aquellos comprometidos con su derrocamiento*.¹³

Creer que cualquiera puede alcanzar esos resultados por meros rasgos personales implica que quienes lo rodean carecen de egos independientes propios, como nos dice el autor que acabo de citar. Por ende, según esa perspectiva, la política cubana es solo el epifenómeno de un ego fuerte enfrascado en un constante cálculo *consciente*, y frío control emocional. No sorprende que los biógrafos de Fidel Castro tomen el término «carisma» de Weber, pero al buscar elementos específicos del liderazgo terminan remitiéndose a Maquiavelo. El realismo cínico que encarna en *El príncipe* constituye una forma ideológicamente útil de cuestionar la motivación de las acciones del revolucionario. Lo que el sociólogo alemán no describió, lo hizo el italiano en el siglo XVI.

Edward González y David Rondfeldt se apartaron del carisma de Weber y de *El príncipe* de Maquiavelo y entraron en el peculiar mundo de la psicología pop,

que especulaba, desde lejos, sobre el inconsciente de Fidel, sobre la base de dos supuestos impulsos básicos: «su ambición implacable del poder y su continua animosidad hacia los Estados Unidos».¹⁴

Estilo frente a sustancia

En general, el examen del liderazgo de Fidel suele ser descriptivo y estático, casi siempre suponiendo motivos interesados. La literatura prefiere también señalar un «estilo» personal de política en vez de hacer frente al contenido de sus discursos o acciones.¹⁵ Además, suele suponerse que la interacción entre el líder y el resto de la población se basa en emociones, más que en ideas o políticas.

En cierto sentido, la academia norteamericana ha estado tan influida por el empaque y comercialización de personalidades hollywoodenses como mercancías o marcas de fábrica, que se da por sentado que la misma lógica opera en Cuba.¹⁶ El debate sobre los atributos personales de Fidel Castro subraya que posee habilidades oratorias; pero no menciona el contenido de los discursos, como si al pueblo lo hipnotizara la voz, la dicción, la cadencia, la manera, el movimiento de las manos o cualquier otra manifestación exterior del comportamiento de una persona y no lo que estuviera diciendo en realidad. En otras palabras, casi toda la literatura sobre el carisma revolucionario se ha despolitizado. Sencillamente no hay contenido, mensaje, valores, ideas, intereses u objetivos políticos. El carisma se convierte en un mero término que representa como un objeto al estilo y este se presenta como si fuera el mensaje real.

Para la mayoría de quienes estudian Cuba, el líder carismático sirve solo a un propósito: el suyo, tener poder, aumentarlo y permanecer en él. Un enfoque de este tipo, en su lógica implícita, resulta insultante para el pueblo cubano. También es interesado y vago, desde el punto de vista académico, porque no toma en cuenta el mensaje real que trasmite el líder carismático a los seguidores, y sí resuena en ellos. De hecho, se supone que el mensaje resulta «emocional» y desprovisto de valores. Pero difícilmente es así. En los discursos de la Revolución cubana existe una multiplicidad de mensajes que se hacen explícitos en sus políticas. Algunos de los más importantes son los siguientes:

- Cuba tiene derecho a la soberanía y a la independencia política y económica plena, libre del control extranjero.
- El pueblo cubano debe tomar todas las decisiones relacionadas con sus propias instituciones sociales, económicas y políticas, sin injerencia extranjera.
- El pueblo cubano tiene el derecho de controlar todos sus recursos y determinar cómo deben usarse.

- La unidad de la nación cubana es esencial para preservar su independencia.
- Todas las necesidades materiales, culturales y de salud del pueblo cubano deben atenderse mediante políticas estatales (salud gratuita, educación gratuita, alimentación subsidiada, vivienda subsidiada).
- La igualdad social es deseable y debe garantizarse.
- El internacionalismo y la solidaridad con otros países, en especial los subdesarrollados, es tanto una responsabilidad ética como una necesidad política.
- Se guía con el ejemplo (exige lo más de sí antes de exigirselo a los demás)
- Todos necesitan participar, en la mayor medida posible, en la sociedad (movilizaciones de masa para alcanzar objetivos) y es mediante la participación que se logra la educación política propia.
- Fomento de un sentido de identidad nacional y orgullo por la historia y logros del país.

La legitimación del carisma revolucionario surge de los beneficios a la población. Las reformas agrarias, la campaña contra el analfabetismo, la educación y la atención médica gratuitas durante toda la vida, y muchas otras políticas tuvieron un impacto en ella.¹⁷ Durante el tiempo en que la Unión Soviética brindaba recursos económicos a la Isla, las políticas distribucionistas se mantuvieron.

Durante el llamado Período especial (1991-), Fidel Castro comenzó a participar de una forma que parecía haber quedado atrás años antes. Dado que el sistema social, económico y político encaraba numerosas dificultades, el Comandante aumentó el número de discursos, explicando situaciones y problemas, y dirigiendo proyectos. Parecía más enfrascado que nunca en el papel de líder, recalcando soluciones, fijando metas y organizando. Las referencias a la historia del siglo XIX se hicieron más pronunciadas. Insistía también, más que nunca, en la necesidad de adquirir una conciencia política sólida y profunda.¹⁸ Para sorpresa de todos, la revolución que dirigía Fidel Castro sobrevivió.

Muerte y resurrección del carisma político y moral

Resulta un tanto desconcertante que, a pesar de la proximidad de la Isla a los Estados Unidos, muchos académicos o políticos norteamericanos no estén familiarizados con los antecedentes históricos del país. De estarlo, no habría sido muy difícil encontrar pruebas de una sociedad donde la autoridad política legítima había sido destruida por la corrupción, la violencia política y el gangsterismo. Existía un deseo amplio y profundo de proceder a cambios drásticos. Cuando

los revolucionarios tomaron el poder, a nadie en los Estados Unidos se le ocurrió acusar a los dirigentes cubanos de tener un programa destinado a satisfacer sus propios intereses. Los fidelistas habían tomado el mando, precisamente, porque hicieron suyo un movimiento moralista, ya existente, que denunciaba los intereses egoístas y luchaba contra ellos. Los dirigentes revolucionarios hablaban el lenguaje de la regeneración ética. En los años 40, un senador, Eduardo Chibás, dirigió un movimiento en esa línea. El populismo revolucionario cubano era exactamente lo opuesto al materialismo interesado e individualista. Esto debemos examinarlo brevemente.

La ideología política dominante desde los años 30 ha sido populista. La referencia al «pueblo» se invocaba en todo partido político importante.¹⁹ En sus ideologías y plataformas, todos compartían el mismo paradigma de «el pueblo» como conformador de la historia.²⁰ El crítico literario marxista cubano José Antonio Portuondo —dando expresión a una amplia perspectiva— escribió que cada generación de la Isla tiene un guía que «comprende el ideal a que aspira cada generación que la personifica».²¹ Los puntos de vista e intereses de la comunidad venían primero. La legitimidad surgía del servicio y no del interés propio. Uno de los discursos más importantes de Eduardo Chibás, el principal populista carismático de Cuba y líder del Partido Ortodoxo, ayudó a fijar las expectativas políticas de una población cansada de sinecuras, corrupción y política nefasta. Dijo:

Los hombres de convicciones, que miran hacia a lo alto, son desconocidos. No importa, en el momento crítico surgen siempre los hombres de carácter, los que avizoran el provenir, los que no transigen movidos por vil interés, los que repudian la duplicidad [...] Nosotros vamos solos, rectos, sin contaminarnos con el ambiente político que vive el país.²²

De hecho, la organización de Chibás proclamaba: «El Partido del Pueblo Cubano se creó para realizar los grandes objetivos históricos del pueblo de Cuba por medio de la revolución moral en la vida pública que demanda con urgencia la Nación».²³ Lo que, como líder carismático, prometía a sus seguidores era una regeneración moral. Las referencias a la moral, la ética y el sacrificio propio alimentaban la política populista. Chibás se suicidó en 1951, justo antes de las elecciones presidenciales nacionales. Pudo haber ganado fácilmente. Su movimiento político quedó sin su carismático líder. Esa fue la coyuntura oportuna en que Fulgencio Batista asestó un golpe militar y puso fin al orden constitucional cubano y a la autoridad jurídica racional.

El 10 de marzo de 1952, Cuba enfrentaba la clásica «crisis de legitimidad» cuando los políticamente virtuosos

Fidel Castro será juzgado por la historia después de su muerte. Solo entonces se verá si las instituciones, políticas e ideas que ha creado y defendido lo sobreviven. Pero esto dependerá, como él bien comprende, del pueblo de Cuba.

«cobran importancia, logren o no en última instancia tomar el poder». En momentos difíciles «muchos hombres (y mujeres) comunes y corrientes pueden ser arrastrados por el movimiento carismático y en ocasiones esto conduce a una revolución política», afirma Guenther Roth.²⁴

Un segmento importante de la población adulta cubana solo esperaba por otro Chibás, que defendiera el principio de «vergüenza contra dinero». Fidel no heredó ese papel, pero lo asumió con audacia y empeño. La ideología secular del populismo ético resultaba coherente con el liderazgo carismático mientras no fuera individualista. Pero eso no se ha comprendido plenamente. El propio Fidel Castro ha aludido al tema:

Puedo admitir que, en determinados momentos, determinadas personas pueden desempeñar un determinado papel. Realmente lo relativizo bastante, porque, además, los papeles que cualquier hombre haya desempeñado en cualquier etapa, han estado dependiendo de circunstancias que no tienen nada que ver con el hombre [...] Es que los hombres que desempeñan un papel, dependen por entero de factores que no tienen nada que ver con su capacidad personal, solo potenciable en determinadas circunstancias. Así ha ocurrido con todos los próceres de nuestra independencia y todas las personalidades en la historia. Hacen falta condiciones previas que no se pueden atribuir al mérito de ningún hombre [...] La idea de asociar los acontecimientos históricos a determinados individuos está largamente arraigada en la propaganda y hasta en la concepción de los reaccionarios, de los imperialistas, de los enemigos de la Revolución. Así hablan de la Revolución de Castro, individualizan: Castro hizo eso, Castro hizo lo otro.²⁵

Restar importancia a lo personal e individualista en política no es algo que solo Fidel Castro haya hecho. Todos los líderes populistas cubanos operaron desde esta perspectiva. Sin embargo, la literatura académica norteamericana que trata el tema ha dado preeminencia indebida al interés individual como motivación, un concepto que rechaza la cultura política cubana. Pero estos valores guiaron las acciones de muchas organizaciones revolucionarias en los años 50. Fidel Castro no estaba solo en este terreno, aunque poseía algunos recursos personales singulares. Reinhard Bendix ha observado que, en el análisis del carisma, es de importancia reconocer a la «persona concreta y sus cualidades distintivas».²⁶

Características personales de Fidel

Cuánto tiempo pasará antes de que, a partir de los hechos reales, objetivos, la posteridad sea capaz de juzgar imparcialmente todo lo que ha ocurrido alrededor de Cuba y de la Revolución cubana, y el papel de los dirigentes en esa revolución, eso no lo puede asegurar nadie [...] Quiero decir con eso que, en mi apreciación, independientemente de los hechos reales, están las interpretaciones de los hechos reales.²⁷

Fidel Castro

Amigos y enemigos han reconocido que Fidel Castro es inteligente,²⁸ posee una notable memoria fotográfica, trasmite seguridad en sí mismo y también es creativo, deliberado, *audaz*, persistente, enérgico, valiente, entusiasta y temerario.²⁹ Ricardo Alarcón, presidente de la Asamblea Nacional de Cuba, declara: «Fidel no sabe descansar».³⁰ Durante toda su vida disfrutó de buena salud, hasta su vejez. Practicó numerosos deportes y se ha mantenido relativamente en buena forma. La autodisciplina lo ha ayudado desde edad temprana en las numerosas tareas que se ha impuesto a lo largo de la vida. Lee Lockwood, un periodista norteamericano que pasó un par de días con él realizándole una extensa entrevista, encontró la experiencia extraordinaria y «desconcertante»:

En primer lugar, a no ser que uno sea muy firme, en realidad pocas veces se trata de una conversación, sino más bien de una conferencia extensa con preguntas ocasionales del público. Esto no quiere decir que Castro sea grosero, porque no lo es; de hecho, socialmente puede ser tan correcto como un noble castellano. Tampoco esto implica que no le interese lo que uno tenga que decir. Una pregunta de diez palabras puede programarlo para una respuesta que dure quince o veinte minutos. Su mente es tan precisa y organizada como un reloj y marca sus ideas de modo igualmente inexorable. Su memoria es prodigiosa. Casi nunca es banal o intrascendente y nunca pierde de vista el punto original de lo que pretendía decir, no importa cuántos adornos, circunloquios o interrupciones se produzcan por el camino. Si uno cambia de tema antes de que él haya terminado con él, responderá primero a su pregunta, con todos los detalles necesarios, y luego volverá a su pensamiento anterior y lo completará. Al desarrollar un razonamiento, es tan cuidadoso, tan paciente y tan lógico como una araña tejiendo su tela; su conclusión lo deja a uno jadeando y enredado, pero maravillado a pesar de sí mismo por el carácter inevitable de su simetría, y haciendo esfuerzos por recordar dónde comenzó todo.³¹

Gabriel García Márquez, Premio Nobel y amigo del líder, está de acuerdo. Dice: «No es posible concebir a alguien más adicto que él al hábito de la conversación».³² También sabe escuchar, aunque esta dimensión apenas se menciona. Si uno tiene conocimiento de un tema de su interés, lo taladrará durante horas con todo tipo de preguntas. Aunque estos rasgos pueden encontrarse en personas con ideologías y objetivos individuales profundamente diferentes, sin dudas serían útiles a cualquiera que desee participar en la política y, más todavía, en la política revolucionaria *cubana*.

Fidel dominó la palabra hablada con exactitud, pero debió *aprender* a hablar en público. Esto lo hizo en las escuelas primaria y secundaria.³³ Además, tuvo la influencia de varios magistrales oradores populares de la radio en los años 40 y 50 (Eduardo Chibás, Aureliano Sánchez Arango, José Pardo Llada, Luis Conte Agüero, de Cuba, y Jorge Eliecer Gaitán, de Colombia). También es un pulido escritor, como informa García Márquez:

De hecho escribe bien y le gusta hacerlo, aun en el automóvil en marcha, y en unas libretas de apuntes que lleva siempre a mano para anotar cuanto se le ocurre, inclusive las cartas de confianza [...] Su modo de escribir parece de un profesional. Corrige una frase varias veces, la tacha, la intenta de nuevo en los márgenes, y no es raro que busque una palabra durante varios días, consultando diccionarios, preguntando, hasta que queda a su gusto.³⁴

Como orador público, se ve obligado a escribir discursos y narrar sucesos, buscando siempre «la palabra perfecta».³⁵ Los cubanos saben cuándo el Presidente ha escrito un editorial o artículo que no se le atribuye, porque tiene un estilo de exposición identificable.

Contexto y conciencia de la historia

Fidel Castro ha sido un resultado de la historia de su país, así como un estudioso y analista de ella. La Historia y la Geografía fueron sus dos mejores asignaturas en la primaria.³⁶ Como muchos otros políticos cubanos, usó la historia como arma. Pero el político típico hace referencia a sucesos y símbolos históricos nacionales como meros objetos de utilería; para Fidel Castro, las personalidades, fechas, sucesos y símbolos tienen profundos significados y lecciones. Es cierto que las referencias históricas han legitimado sus propias acciones, pero se trata de un lenguaje político común que sirve para ganar prosélitos y educar.

En los años 40 y los 50, Fidel se puso bien al tanto de la historia cubana. Para 1947, daba conferencias sobre el movimiento de independencia nacional a la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU).³⁷ Vincular el presente con el pasado es un medio que ha

utilizado durante toda su vida política. En esos años, Cuba redescubría las obras de José Martí, ya que su centenario sería en 1953. Fidel había conocido sus obras desde antes, como todos los estudiantes que asistían a las escuelas primaria y secundaria. Pero con una diferencia: en realidad leyó las obras más políticas del «Apóstol de la independencia de Cuba».

Después del fallido asalto al cuartel Moncada en Santiago de Cuba, el 26 de julio de 1953, habló en su propia defensa y citó a Martí literalmente, sin notas, diecisiete veces distintas. Además, su exposición completa fue la narración de la historia del país en la sala del tribunal. Entonces, dijo: «Condenadme, no importa. ¡La Historia me absolverá!».³⁸ ¿Podía ser Martí la fuente de la metáfora? Por supuesto. También fue condenado (por el colonialismo español) a causa de sus actividades políticas. Fue sometido a juicio y se defendió. Su defensa terminó así: «La Historia no habrá de declararnos culpables».³⁹ En ese mismo documento, Fidel Castro revelaba abiertamente: «Traigo en el corazón las doctrinas del Maestro».

En la cárcel, de agosto de 1953 a mayo de 1955, leía un promedio de catorce horas diarias, puesto que pasó casi todo el tiempo incomunicado. Leyó obras escogidas de Carlos Marx, Sigmund Freud, Romain Rolland, Fiodor Dostoievski, Víctor Hugo, Honoré de Balzac, Karl Mannheim, José Carlos Mariátegui, Juan José Arévalo, y los recuerdos del comunista mexicano Luis Cardoza Aragón en su viaje a la Unión Soviética. Por último, leyó la traducción al español del clásico de Max Weber, *Economía y sociedad* (1914).⁴⁰ El volumen 3 contenía una sección sobre el carisma.

Una vez en el poder, como protagonista revolucionario, narró a su público detalles de sucesos políticos, temas y personalidades que afrontaba el nuevo régimen. Era un narrador, educador y agitador político que relataba hechos actuales y los vinculaba con las raíces históricas del país y con personas muy reales. Narrar la historia constituía un medio de elevar la conciencia política, porque la narración ofrece ejemplos que imitar, lecciones que aprender, valores que adoptar. Leyó sobre experiencias revolucionarias, según las escribían historiadores y politólogos que habían tomado parte en ellas. Recuerda:

De más está decirte que sobre las revoluciones he leído una gran cantidad de libros. Creo que todos los libros que se han escrito sobre la Revolución francesa los he leído, de la Revolución bolchevique he leído muchísimo, de la Revolución mexicana he leído infinidad de obras, leí mucho también de la Revolución china durante estos años.⁴¹

Además, a partir de 1959 Fidel Castro comparó el proceso revolucionario cubano con experiencias de otros lugares. Lo hacía para recalcar hechos o problemas comunes o para especificar algunas cualidades

singulares de Cuba. Por ejemplo, el 17 de enero de 1959 explicó a una gran multitud, en Artemisa, que cuando cayó el régimen de Batista los habaneros se habían comportado de forma adecuada y cortés, de modo bien diferente a la multitud urbana en París con la caída de la Bastilla!⁴² Las comparaciones históricas, además, ayudaron a quienes adoptaban decisiones en La Habana cuando enfrentaban a adversarios, nacionales o extranjeros. Los enemigos de la Revolución pocas veces descansaban en precedentes históricos. El líder carismático los estudiaba y aprendía.

La política revolucionaria podía confiar en un capital histórico singular. Carlos Marx, escribiendo en un momento distinto, era consciente de que el pueblo

cuando se dispone precisamente a revolucionarse y revolucionar las cosas, a crear algo nunca visto, en esas épocas de crisis revolucionaria es precisamente cuando conjura temeroso en su auxilio los espíritus del pasado, toma prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia mundial.⁴³

Pero comprendió que lo que estaba en juego era el capital histórico que tienen las tradiciones revolucionarias de un país. Añadió:

En aquellas revoluciones, la resurrección de los muertos servía, pues, para glorificar las nuevas luchas y no para parodiar las viejas, para exagerar en la fantasía la misión trazada y no para retroceder en la realidad ante su cumplimiento, para encontrar de nuevo el espíritu de la revolución y no para hacer vagar otra vez a su espectro.⁴⁴

El ejercicio del carisma revolucionario: sincronización, audacia y predicción

Fidel oye la hierba crecer y ve lo que está pasando al doblar de la esquina.

Raúl Roa García

Ernesto Che Guevara, quien compartió con Fidel Castro la guerra de guerrillas de dos años, ha escrito:

Tiene las características de gran conductor, que sumadas a sus dotes personales de audacia, fuerza y valor, y a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo, lo han llevado al lugar de honor y de sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes, como son su capacidad para asimilar los conocimientos y las experiencias, para comprender todo el conjunto de una situación dada sin perder de vista los detalles, su fe inmensa en el futuro, y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que su compañeros. Con estas grandes cualidades cardinales, con su capacidad de aglutinar, de unir, oponiéndose a la división que debilita; su capacidad de dirigir a la cabeza de todos la acción del

pueblo; su amor infinito por él, su fe en el futuro y su capacidad de preverlo, Fidel Castro hizo más que nadie en Cuba para construir de la nada el aparato hoy formidable de la Revolución cubana.⁴⁵

Una serie de ejemplos ilustran esa cualidad. La caída del régimen militar no impulsó a Fidel a bajar de las montañas, tomar un aeroplano e ir a la capital.⁴⁶ Las columnas guerrilleras que se movían de este a oeste, del campo a la capital, reproducían la liberación de la Isla emprendida por Máximo Gómez y Antonio Maceo en la década de los 90 del siglo XIX. La sal de la tierra, los guajiros, llevaban la libertad política a la metrópolis y, con ello, toda aldea y pueblo, de la Sierra Maestra a La Habana, se colocaba en manos de los revolucionarios. Antes de que las fuerzas de Fidel entraran en el centro de poder administrativo, político y económico, el resto del país había sido tomado. Y en todos los lugares donde los guerrilleros se detuvieron el mensaje era el mismo: la causa revolucionaria había triunfado y no era la victoria de una organización en particular, sino una «victoria del pueblo». Así, al tiempo que fijaba los pilares para un nuevo gobierno revolucionario a nivel de base, se instaba de inmediato a la población a ser parte del proceso.⁴⁷

Una vez derrocado el viejo régimen, se nombró un gobierno provisional dominado por «moderados», pero había en operación un segundo gobierno paralelo y operativo. Este era dominado por Fidel Castro y lograba predecir y oponerse a los objetivos y acciones de los moderados. Hacia el otoño de 1959, los moderados habían renunciado o habían sido depuestos de sus cargos, superados en estrategia por las fuerzas fidelistas radicales. En lo adelante, los perdedores hablarían de la victoria de los radicales como «la revolución traicionada».⁴⁸

Fidel Castro ha afirmado que un principio rector del Gobierno Revolucionario ha sido no perder un solo momento o perder el momento que sería de mayor repercusión psicológica. Como en la actuación, el sentido del tiempo, es una parte muy importante de la formulación de la política revolucionaria.⁴⁹

Según él, se necesita también audacia. Parafraseando a Georges Jacques Danton, en un discurso de 17 de mayo de 1982, afirmó: «No hay revolución sin audacia [...] y aquel que no sea audaz, no será jamás revolucionario».⁵⁰ Si la audacia individual entra en la historia para producir los resultados que se persiguen, la presciencia pudiera definirse como la percepción de fuerzas fuera del ser que pudieran promover algunos sucesos futuros. Fidel Castro ha mostrado a veces estas cualidades «proféticas». Sin embargo, debe entenderse con claridad que ha sido capaz de prever algunos sucesos nacionales futuros por su capacidad de obtener y procesar información

pormenorizada sobre temas pasados y presentes. El pronóstico político, sin embargo, no se practicó ampliamente en Cuba antes de 1959. Es cierto que hoy en día pronosticar *tendencias* políticas y de mercado constituye un negocio exitoso y creciente en todo el mundo. Sin embargo, que un dirigente pronostique temas muy concretos, es algo por entero distinto.

Fidel Castro ha podido hacerlo muchas veces. Seis meses antes de la invasión de Bahía de Cochinos, la predijo. Observó que aunque las elecciones presidenciales debían celebrarse en noviembre de 1960, el gobierno norteamericano ya enfrentaba una situación que tendría un carácter independiente de quién gobernara: una vez que se creaba un ejército mercenario, sería imposible deshacerse de él. Muchos años después, los biógrafos de Kennedy debatían el «problema de deshacerse del ejército» que este había enfrentado. Fidel también predijo la *fecha* de la invasión:

Nosotros consideramos que lo que vayan a hacer es ya independiente por completo de lo que pueden pensar hoy; lo que vayan a hacer ya no lo puede alterar nada, porque no es fácil reclutar miles de hombres y después desvanecerlos; [...] y las decisiones que toman siguen como un curso fatal. Por eso nosotros cumplimos con el deber de razonar y de explicar, y por eso hemos dicho con toda franqueza que, si es pronto, será peor para ellos; es decir, sería peor para ellos hacerlo más tarde; más tarde ¡estaremos más fuertes! Sin embargo, ellos no pueden hacer con los mercenarios el milagro de los peces y los panes. Los que tengan hoy, no los pueden multiplicar de hoy a mañana; los que tengan hoy son los que tienen hoy; ¡la incógnita es lo que tenemos nosotros! Eso es para ellos la tremenda incógnita; y nosotros no queremos hacer muchas consideraciones en torno a lo que tenemos nosotros, sencillamente, creemos que con lo que tenemos es suficiente [...]. En cualquier circunstancia, sean los que sean que ataquen, en eso no se cumple más que una ley inexorable de la historia, una ley invariable de todas las revoluciones: el ataque de la reacción, de la reacción internacional, la lucha que caracteriza a todas las revoluciones y que ha sido una ley de la historia del mundo.⁵¹

Asesinando el carisma o *Esperando a Godot*

Castro era un líder tan carismático que, sencillamente, no había antídoto posible para él que no hubiera significado una participación norteamericana excesiva.

Howard Hunt

El gobierno de los Estados Unidos ha sido incapaz de comprender las profundas condiciones históricas, sociales y políticas que produjeron un régimen revolucionario radical en 1959. Desde el inicio, quienes tenían a su cargo formular la política norteamericana buscaron razones ahistóricas y descontextualizadas. Para

las autoridades, no había razón aceptable, lógica o racional para una revolución.

En enero de 1959, el Congreso de los Estados Unidos celebró audiencias buscando «quién perdió a Cuba», y encontró una influencia extranjera extracontinental: soviética; o sea, el expansionismo comunista. Esta interpretación, desde luego, era el equivalente, en materia de política extranjera, de lo que sería explicar el movimiento de derechos civiles en el sureste de los Estados Unidos como resultado de «agitadores de afuera». A esto se sumó el argumento de que Fidel Castro poseía una personalidad viciada, dominada por un odio gratuito a los Estados Unidos y al pueblo norteamericano. También se le encontró explicación al apoyo de masas que disfrutaba el régimen revolucionario: los cubanos sentían una debilidad por los políticos caudillistas y con elevada dosis de personalismo; sencillamente, un genio del mal, dotado de carisma, los había hecho odiar el poder benefactor del Norte.

Las interpretaciones académicas pueden contribuir a conformar el debate y las opciones de política exterior. Lo inverso también es cierto: los intelectuales norteamericanos pueden producir obras a fin de racionalizar explícitamente o justificar de modo indirecto decisiones políticas ya tomadas. No prestar atención suficiente a las condiciones históricas y recalcar tan solo la importancia central de un hombre, tuvo implicaciones políticas irremediables y graves.

El problema de cómo hacer frente a un régimen revolucionario tan cercano a los Estados Unidos no requirió mucho debate. El nuevo régimen debía desaparecer. Esa ha seguido siendo la política durante casi cincuenta años. Se ha hecho uso de todos los métodos, aunque el preferido —en tantas versiones diferentes— fue liquidar al líder carismático. Entre 1959 y 2005 hubo 638 planes o intentos de quitarle la vida. También los hubo para robarle el elemento clave que ratificaba su carisma, según suponía la gente de Langley, Virginia. El carisma de Fidel podía quedar destruido si hacía el ridículo en público bajo la influencia del LSD. Una «iniciativa verdaderamente osada» fue hacer que se le cayeran el cabello y la barba. Al parecer la pregunta «¿qué tiene Fidel?» tenía como respuesta: una «barba».

Pero la solución final nunca se logró. Una vez que fallaron estos planes, todo lo que quedó fue la fórmula del reloj biológico. Al parecer, la política exterior norteamericana pasó de Dalila a *Esperando a Godot*, de Jean Genet. Fidel Castro, por supuesto, no ha desaprovechado oportunidad de comentar una estrategia de política exterior que depende de una «solución biológica» al acertijo del carisma cubano.

El problema de la institucionalización

El gobierno norteamericano ha seguido una política de poner fin a la Revolución cubana mediante el asesinato de su líder carismático y el aislamiento. El gobierno de Cuba, en cambio, tomó contramedidas para frustrar todos los planes y toma las precauciones *políticas* necesarias en caso de la muerte de Fidel Castro por cualquier causa. Desde el punto de vista del gobierno, las medidas eran necesarias para la continuación del régimen revolucionario.

En los Estados Unidos (y en otras partes) el fin de Fidel y el de la Revolución se han considerado procesos idénticos. Pero es un problema más complejo. La *sucesión del líder revolucionario* se ha confundido en ocasiones con la *institucionalización de la Revolución*, como si se tratara de un solo y único proceso. No lo son, aunque ambos están interconectados y su secuencia está determinada por condiciones históricas. En Cuba, el tema de la sucesión se atendió antes de tratar la institucionalización, aunque el asunto de las directrices oficiales de la sucesión se ha examinado en tres momentos distintos, desde 1959.

Un régimen revolucionario que llega a depender de un líder carismático encara, eventualmente, *la cuestión de la continuidad*. La pregunta más común que se formula fuera de Cuba es: ¿qué va a pasar cuando Fidel muera? Muchas veces se supone que no puede ser reemplazado o que la figura carismática no funcionará en un mecanismo de sucesión. La literatura clásica observa que existen numerosas formas de garantizar un sucesor. Max Weber nos dice que hay cuatro vías principales para la sucesión bajo el gobierno carismático: a) designación, b) procedimiento escrito, c) herencia o d) revelación. En el caso cubano, tres de esas cuatro opciones indican ya quién sería el sucesor.⁵²

Ya el 21 de enero de 1959, Fidel Castro designó como sucesor a su hermano. Lo hizo en una concentración de masas donde respondió a una amplia preocupación de que su propia vida peligraba. «Para tomar las medidas de precaución, porque aquí hay que estar prevenidos contra todo [de nuestros enemigos], le voy a proponer a la Dirección del Movimiento 26 de Julio, que designe al compañero Raúl Castro, segundo jefe del Movimiento 26 de Julio». Entonces pasó a dejar sentado que Raúl había sido escogido por sus credenciales y requisitos revolucionarios como organizador y dirigente. Recalcó que el hecho de que Raúl fuera su hermano carecía de importancia. Más tarde, Fidel se volvió al público reunido y solicitó también su aprobación. Una vez que la multitud dijo sí, afirmó:

Pues ya lo saben mis enemigos: ¡me pueden agredir cuando quieran, que no hay problemas! Y, además, si agredieran

también a Raúl, ¡detrás de él vendrá otro y detrás otro, y detrás otro! Que al pueblo de Cuba en esta lucha no le faltará ni líder ni pueblo, porque todo estará prevenido.⁵³

A pesar de su popularidad, el líder carismático no ocupaba todavía ningún cargo de gobierno, de modo que designaba un papel político y no estatal.⁵⁴ El 1 de mayo de 1960 repitió una afirmación similar. Sin embargo, en ese entonces, Fidel designó a Raúl en dos papeles diferentes —pero nuevos— que ocupaba en ese momento: su sustituto como Primer Ministro y como jefe de la Revolución.⁵⁵ En ambos casos, sin embargo, la designación se adecua a un proceso bosquejado por Max Weber. La confirmación por aclamación del designado significaba, como observa Reinhard Bendix, «los *inicios* de un sistema representativo».

El designado debe operar en una forma distinta a la persona que lo designó. Este fue un proceso de confirmación en un momento cuando las instituciones del viejo régimen se habían desplomado y el nuevo sistema político revolucionario todavía no había creado las suyas. Aunque Fidel Castro siguió la lógica de la autoridad carismática debido al vacío institucional producido, también accionaron otras consideraciones. Es interesante que el Castro más joven pueda haberse visto obligado a operar del mismo modo que Fidel, incluso cuando no poseía carisma.

Pero a los dos años de tomar el poder político, se desarrolló el lento proceso de «rutinización del carisma» político, a fin de crear un partido que uniera a todas las fuerzas revolucionarias y también operara según reglas escritas y codificadas. El proceso, que comenzó en 1961, fue lento, complejo y difícil, debido a conflictos sectarios (1962, 1965 y 1968), conocimiento técnico y político insuficiente de sus miembros y falta de un número adecuado de personas con experiencia para crear lo que en 1965 pasó a ser el Partido Comunista de Cuba (PCC). Aunque integraba tres organizaciones políticas distintas —el Movimiento 26 de Julio, el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario—, las fuerzas que lo impelían eran Fidel Castro, con las organizaciones de masa que le brindaban su apoyo, y Raúl Castro, con su control del ejército. La nueva organización regía quién podía ser miembro de ella, cómo se elegían, cuáles eran las funciones y responsabilidades de los departamentos y miembros del partido y cómo se elegían los líderes. En varias ocasiones, Fidel Castro presentó un mensaje similar a los nuevos cuadros revolucionarios:

Hoy las masas depositan su fe en la Revolución, depositan su fe en los dirigentes; pero mañana ya no será una cuestión de fe en hombres, será una cuestión de fe en principios, será una cuestión de fe en instituciones, porque los hombres pueden ser de una manera o pueden ser de otra; hoy unos,

mañana otros. Pero hay algo en que se debe basar la confianza y la fe, en lo que no cambia: en los principios, en las instituciones.⁵⁶

A partir de 1965, el PCC tuvo directrices, reglas, estructuras y procesos por escrito para la selección de sus miembros, elección y ratificación de líderes. Pero solo en 1975 sus miembros pudieron votar por sus líderes. Este es un importante fenómeno en dos sentidos. Primeramente, no todos en Cuba podían pertenecer a una organización de cuadros o de vanguardia. Así, *la naturaleza plebiscitaria de ratificación del líder carismático pasó de la masa indiferenciada de la organización a una organización de cuadros*.⁵⁷ En un sentido oficial, la conexión entre la autoridad carismática y sus seguidores había terminado (aunque el PCC mantenía que los mejores y más brillantes del pueblo serían miembros). El PCC, aclaró Raúl Castro, no ocupaba una posición dirigente por elección popular, ni era resultado de los votos emitidos por la clase obrera, porque no pretendía ser representativo, sino más bien selectivo.⁵⁸ En segundo lugar, ahora el líder carismático debía operar dentro de una organización oficial y tenía que seguir sus estatutos.

Se estableció un sistema de partido comunista con reglas, papeles, estructuras, funciones y poder específico y se suponía que cada miembro del Partido —cualquiera fuera su rango— lo respetaría. Y en la medida en que fueron sumándose miembros, se debilitaban las fuertes relaciones personales con los fundadores. Según el Partido aumenta en número, va multiplicando también sus complejidades, experiencias y profesionalismo. El papel y la importancia del líder carismático, que ahora existe dentro del sistema de partido, están limitados por la lógica establecida. Esto es necesario para garantizar la supervivencia del régimen revolucionario.

La rutinización del carisma dentro del PCC implica una organización de cuadros, una minoría de la población cubana que puede adoptar decisiones dentro de esta institución. Tiene la responsabilidad colectiva de asumir las funciones y la guía que ha desarrollado el líder carismático cuando este ya no pueda hacerlo. Como agregado de pueblo, tiene una división del trabajo, especializaciones y responsabilidades bien definidas. Ya no dependerá de una persona, sino de todos sus miembros.⁵⁹ Supone una maquinaria política de decenas de miles, y con educación, formación y disciplina partidistas adecuadas «sin caudillos, sin personalismo y sin faccionalismo».⁶⁰ Muchas veces Fidel Castro ha afirmado que «los hombres mueren, el Partido es inmortal». También ha aconsejado «la práctica constante de la autolimitación y la modestia».⁶¹

Un proceso similar y casi paralelo, pero dentro del Estado y el gobierno, comenzó en 1974 y terminó en

1976 con la adopción de una Constitución. En otras palabras, lo que se había logrado con el carisma, en su relación con organizaciones políticas revolucionarias que llevaron a la formación del PCC en 1965, se hacía con la maquinaria estatal casi diez años después. «Institucionalización» fue el nombre que los cubanos le dieron. Significaba, en esencia, la transferencia progresiva del poder de una autoridad carismática (y las organizaciones que conlleva) a una autoridad burocrática legal con procedimientos codificados y definidos niveles de responsabilidades. La «institucionalización» es una fase transitoria a través de la cual un Estado dominado por un poder carismático se convierte en uno basado en el poder legalizado. Durante esa transición, la autoridad carismática elabora y define los reglamentos de la nueva estructura política, con sus estatutos. Por consiguiente, los parámetros de poder para el nuevo sistema quedan delineados por el que lo precede. La institucionalización es la oficialización de una autoridad nueva».⁶²

La rutinización del carisma dentro del Estado y el gobierno afecta a toda la población y brinda derechos electorales a todos los mayores de 16 años. La singularidad del sistema cubano ha sido que los ciudadanos eligen representantes en los niveles municipal, provincial y nacional. Y la Asamblea Nacional, a su vez, elige a la rama ejecutiva. El Consejo de Ministros, por tanto, responde a la legislatura nacional.⁶³ Ambos procesos fueron coordinados por Fidel y Raúl Castro. Esto plantea un patrón muy interesante que se encuentra en otras experiencias históricas y ha recibido el nombre de «teoría del doble carisma».

Doble carisma es la solución práctica al problema de la «rutinización del carisma», o sea, de la institucionalización. Un líder moviliza, brinda un papel semiprofético, ofrece sagacidad e inspiración y sirve de imagen pública de la Revolución. El otro es el organizador, a cargo del detalle, de los procedimientos. El primero ha recibido el nombre de «carisma de llamado exterior»; el segundo, «carisma de consolidación interna». El sociólogo Michael A. Toth expone:

Es el segundo líder quien es capaz de hacer el cambio del carisma a la rutina, lográndolo bajo la égida del carisma más sobrenatural del primer líder. Es este primer carisma el que describió Weber; el carisma de la consolidación interna queda por ser definido de modo adecuado, aunque la literatura es lo suficientemente clarividente y sugestiva como para, al menos, hacer el presagio convincente.⁶⁴

El sucesor se elige precisamente porque se le reconoce como el organizador, el que puede construir y mostrar cómo se dirigen organizaciones que brinden buenos resultados. Los gobernantes carismáticos necesitan organización para operar. Se ha observado que tienden a ser antiburocráticos. Pero esto debiera

examinarse, porque pudieran más bien estarse refiriendo a los burócratas *ineficientes* más que a *cualquier* burocracia. Por ejemplo, las campañas contra esta se desarrollaron en Cuba (1964-1970), en períodos en que había una evidente escasez de mano de obra en el campo. Ernesto Che Guevara, muchas veces considerado enemigo de la burocracia, escribió una serie de manuales sobre la mejor manera de dirigir empresas.⁶⁵

Preludio a la sucesión

Los procedimientos oficiales para la sucesión de Fidel Castro se establecieron temprano. Durante años, ha habido numerosas hipótesis sobre el final del gobierno del líder carismático. Lo que no tomaron en cuenta los guiones alternativos de la obra fue la posibilidad de varios preludios a la sucesión. El 14 de julio de 2006, Raúl Castro formuló lo que el pueblo debía comprender sobre una sucesión en Cuba. Observó que un proceso de esa naturaleza no entrañaba la búsqueda de otro líder carismático. Este sería sustituido por una dirección colectiva compuesta por dirigentes nacionales de dentro del PCC.

Enfrentamos un enemigo cuya tozudez y prepotencia lo lleva con mucha frecuencia a cometer errores, pero ello no significa que sea tonto. Sabe que la especial confianza que otorga el pueblo al líder fundador de una Revolución, no se trasmite, como si se tratara de una herencia, a quienes ocupen en el futuro los principales cargos de dirección del país. Repito lo que he afirmado en muchas ocasiones: el Comandante en Jefe de la Revolución cubana es uno solo, y únicamente el Partido Comunista, como institución que agrupa a la vanguardia revolucionaria y garantiza segura de la unidad de los cubanos en todos los tiempos, puede ser el digno heredero de la confianza depositada por el pueblo en su líder. Para eso trabajamos, y así será, lo demás es pura especulación, por no decir otra palabra.⁶⁶

En una reunión del Comité Central del PCC, el 1 de julio de 2006, se restauró el Secretariado, otro movimiento para fortalecer el Partido y preparar más a fondo las condiciones para una sucesión. El Secretariado había sido abolido en 1992, cuando Cuba, debido a la caída del campo socialista, entró en la crisis económica conocida como Período especial. Las funciones de este habían sido atender los asuntos internos del PCC. Reinstaurar la estructura significaba prestar una mayor atención a los militantes. El Secretariado debía prestar atención especial a los de origen obrero y de fuera de La Habana. Tres de los doce miembros —Fidel, Raúl y José Ramón Machado Ventura— eran «históricos», pues databan de la lucha de los años 50; el resto tenía una edad promedio de 50 años. Todos tenían educación universitaria.⁶⁷

En aquel momento, se produjo una transferencia, de facto, de autoridad y poder, de manera provisional. Un año y medio más tarde, la transferencia de poder estatal se hizo permanente. En efecto, diecisiete meses después de haber delegado el poder a su hermano, en uno de sus numerosos artículos publicados en la prensa cubana, el 17 de diciembre de 2007, Fidel Castro escribió: «Mi deber elemental no es aferrarme a cargos, ni mucho menos obstruir el paso a personas más jóvenes, sino aportar experiencias e ideas cuyo modesto valor proviene de la época excepcional que me tocó vivir».⁶⁸

Un acontecimiento extraordinario tuvo lugar el 18 de febrero de 2008, cuando Fidel anunció que no estaba interesado en continuar detentando ningún poder en el Consejo de Ministros, el de Estado, o como Comandante en Jefe. Su salud no se lo permitía. «Traicionaría, por tanto, mi conciencia ocupar una responsabilidad que requiere movilidad y entrega total que no estoy en condiciones físicas de ofrecer. Lo explico sin dramatismo».⁶⁹ De un modo sereno y ordenado, el líder histórico carismático se retiró. Pocos observadores habían imaginado que haría algo así. Con esto, apuntaba que la continuidad estaba garantizada.

Afortunadamente nuestro proceso cuenta todavía con cuadros de la vieja guardia, junto a otros que eran muy jóvenes cuando se inició la primera etapa de la Revolución [...] Cuentan con la autoridad y la experiencia para garantizar el reemplazo. Dispone igualmente nuestro proceso de la generación intermedia que aprendió junto a nosotros los elementos del complejo y casi inaccesible arte de organizar y dirigir una revolución.⁷⁰

La sucesión del poder estatal finalizó el 24 de febrero de 2008. Los cargos de responsabilidad decisiva en el gobierno y el Estado ya no estarían en manos de Fidel. Ese traspaso era (y es) un proceso complicado; y Fidel así lo expresó: «Prepararlo para mi ausencia, psicológica y políticamente, era mi primera obligación después de tantos años de lucha».⁷¹

En el pasado, Fidel había tenido el control formal del mando supremo del Estado: el gobierno, las Fuerzas Armadas y el Partido Comunista. En la actualidad, continúa detentando el control formal y el liderazgo del Partido, aunque ha delegado este poder en su hermano. Se podría esperar que en el futuro también renunciara a esa posición. En ese momento, el Comité Central del PCC tendría que decidir quién reemplazaría al líder revolucionario histórico.

Se ha iniciado una nueva fase en la Revolución cubana, caracterizada por un mayor papel del PCC, las instituciones del Estado y de la sociedad en la toma de decisiones y el ejercicio del poder y la autoridad. Este es un proceso cualitativamente diferente en la institucionalización del poder. El 24 de febrero de 2008 Raúl Castro enfatizaba: «La institucionalidad es importante

sustento de ese decisivo propósito y uno de los pilares de la invulnerabilidad de la Revolución en el terreno político, por lo que debemos trabajar en su constante perfeccionamiento. No creernos nunca que lo que hemos hecho es perfecto».⁷²

El momento ha sido asumido por Fidel Castro para conseguir el máximo beneficio. Cuando ya no disponga de poderes políticos formales, le quedarán su autoridad intelectual y su ejemplo personal. Esas cualidades lo acompañarán hasta el final de su vida. Hasta que llegue el día en que pueda decirle a los cubanos, como hizo José Martí: «para mí ya es hora».

Conclusión

La historia de Fidel Castro no ha terminado aún. Sin dudas ha influido en la historia de Cuba, América Latina, África y otras partes del mundo. Es más que notable que su experimento revolucionario haya sobrevivido a pesar de la oposición de todos los gobiernos de los Estados Unidos. Fidel Castro logró integrar las tradiciones políticas e intelectuales latinoamericanas con el marxismo, desafiando de paso las premisas eurocéntricas. Incluso sus enemigos reconocen la importancia de su experimento. Con la ayuda de su pueblo, ha vuelto a Cuba importante en los asuntos exteriores. También contribuyó a la creación de un Estado nacional con una identidad claramente definida. Sin dudas, ha sido hábil como estrategia y táctico. Sus discursos han brindado educación política a los pueblos de todo el mundo, aunque uno esté en desacuerdo con sus perspectivas. Que un país pequeño tenga un líder de talla mundial es muy inusual. Sus contribuciones a las políticas sociales todavía deben analizarse y comprenderse del todo. La singularidad de los sistemas social, económico y político que ha ayudado a conformar no se ha reconocido plenamente todavía. Ha sido creativo en numerosas esferas. También se ha ganado la ira de muchos enemigos que no desean un cambio radical en el mundo.

Fidel Castro será juzgado por la historia *después* de su muerte. Solo entonces se verá si las instituciones, políticas e ideas que ha creado y defendido lo sobreviven. Pero esto dependerá, como él bien comprende, del pueblo de Cuba.

Traducción: María Teresa Ortega Sastriques.

Notas

1. Lee Lockwood, *Castro's Cuba, Cuba's Fidel*, The Macmillan Company, Nueva York, 1990.

2. Raymond Duncan, «Nationalism in Cuban Politics», en Jaime Suchlicki, ed., *Cuba, Castro and Revolution*, University of Miami Press, Coral Gables, 1972, p. 27.

3. Erin Bream, «Personalistic Political Leadership in Castro's Cuba», *Leadership Review*, v. 4, Claremont, otoño de 2004, pp. 132-7.

4. Max Weber, *The Theory of Social and Economic Organization*, Oxford University Press, Nueva York, 1947, pp. 358-9.

5. Ídem.

6. Ian Robertson, en *Encyclopedia of Sociology*, The Dushkin Publishing Group, Inc., Connecticut, 1973, p. 37.

7. Un autor ha diferenciado al líder carismático del ideológico. El líder ideológico muestra en la práctica que es capaz de interpretar adecuadamente el mundo y actuar sobre él. Al líder carismático se le supone poseedor de la Verdad. Véase Margrit Eichler, *Charismatic and Ideological Leadership in Secular and Religious Millenarian Movements: A Sociological Study*, Disertación doctoral, Universidad de Duke, Durham, 1972.

8. Nelson P. Valdés, «Revolution and Institutionalization in Cuba», *Cuban Studies/Estudios Cubanos*, v. 6, Connecticut, enero de 1976, pp. 1-2.

9. Nelson P. Valdés, «Fidel Castro, Charisma and Santería: Max Weber Revisited», en Antón Allahar, ed., *Caribbean Charisma: Reflections on Leadership, Legitimacy and Populist Politics*, Lynne Rienner Publishers, Boulder, 2001, p. 217.

10. Véase Wolf Heydebrand, ed., *Max Weber: Sociological Writings*, Continuum, Nueva York, 1994, pp. 32-3.

11. Ramón E. Ruiz, *Cuba, The Making of a Revolution*, W. W. Norton and Company, Nueva York, 1970, p. 17.

12. Tad Szulc, *Fidel: A Critical Portrait*, Morrow, Nueva York, 1986, p. 23.

13. Edward González, *Cuba Under Castro: The Limits of Charisma*, Houghton Mifflin, Boston, 1974, pp. 169-70.

14. *Ibidem*.

15. «Raúl Castro May Have to Lighten Up», *The Miami Herald*, Miami, 13 de septiembre de 2006; J. Michael Robertson, «Caudillo Nationalism and the Cuban Transition», *Strategic Review*, v. 22, Washington, verano de 1994, pp. 50-61.

16. *Political Style: The Artistry of Power* (University of Chicago Press, Chicago, 1999), de Robert Harriman, constituye un clásico sobre la política norteamericana como mero estilo político y de personalidad.

17. Hay numerosas obras sobre las políticas distribucionistas del régimen cubano. Véase Fidel Castro Ruz, «Discurso en la concentración en conmemoración del XI aniversario del asalto al cuartel Moncada, 26 de julio de 1964», disponible en www.cuba.cu.

18. Fidel Castro Ruz, «Discurso en el Acto de entrega de la Declaración de los mambises del siglo XX», 5 de marzo de 1997, disponible en www.cuba.cu.

19. Los comunistas tenían el Partido Socialista *Popular*, el partido de Fulgencio Batista se llamaba Partido Acción *Popular* y los socialdemócratas tenían el Partido *del Pueblo* Cubano (Ortodoxo). El Partido Revolucionario Cubano, aunque no mencionaba al pueblo por su nombre, lo subsumía bajo la rúbrica de «cubano».

20. Véase Robert Whitney, «The Architect of the Cuban State: Fulgencio Batista and Populism in Cuba, 1937-1940», *Journal of Latin American Studies*, v. 32, Cambridge, 2000, pp. 435-59.

Nelson P. Valdés

21. José Antonio Portuondo, «Períodos y generaciones en la historiografía literaria hispanoamericana», *Cuadernos Americanos*, v. 39, n. 3, México DF, mayo-agosto de 1948, p. 241.
22. Véase Luis Conte Agüero, *Eduardo Chibás, el adalid de Cuba*, Editorial Jus, México, DF, 1954, p. 510.
23. *Ibidem*, p. 546.
24. Guenther Roth, «Socio-Historical Model and Developmental Theory: Charismatic Community, Carisma of Reason and the Counterculture», *American Sociological Review*, v. 40, Washington, abril de 1975, p. 151.
25. Fidel Castro Ruz, «Conferencia Magistral en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, Primada de América, Centro de Eventos y Convenciones, República Dominicana, 24 de agosto de 1998», disponible en www.cuba.cu.
26. Reinhard Bendix, *Max Weber, An Intellectual Portrait*, Anchor Books, Nueva York, 1962, p. 306.
27. Palabras expresadas por Fidel Castro en Tomás Borge, *Un grano de maíz*, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1992, p. 29.
28. El cardenal Agostino Casaroli, quien fuera secretario del Vaticano, describió a Fidel como «un hombre de inteligencia superior, con gran cultura y con ideas». Véase Luis Báez, «Entrevista», *Granma*, La Habana, 16 de enero de 1998.
29. Una de las mejores biografías sobre Fidel Castro es la de Claudia Furiati, *Fidel Castro, la Historia me absolverá*, Plaza Janes, Barcelona, 2003.
30. José Steinsleger, «Entrevista a Ricardo Alarcón, Presidente de la Asamblea del Poder Popular de Cuba», *La Jornada*, México, DF, 16 de noviembre de 2006.
31. Lee Lockwood, *ob. cit.*, p. 78.
32. Gabriel García Márquez, «Fidel y el oficio de la palabra hablada», *Juventud Rebelde*, La Habana, 13 de agosto de 2006.
33. En 1945, el Partido Comunista informó sobre uno de los discursos de Fidel en la Escuela de Belén en que defendió las escuelas privadas en oposición al sistema escolar soviético. En aquel momento tenía 18 años. Véase «Estupendo show», *Hoy*, La Habana, 23 de marzo de 1945. Los estudiantes debían memorizar discursos de Mirabeau, Napoleón, Cicerón y Demóstenes.
34. Gabriel García Márquez, *ob. cit.*
35. Fidel Castro, «Gabriel García Márquez. La novela de sus recuerdos», *Memoria*, n. 166, México DF, diciembre de 2002.
36. Aldo Isidró et al., *Antes del Moncada*, Editorial Pablo de la Torriente, La Habana, 1986, p. 17.
37. Luis Conte Agüero, *Fidel Castro, vida y obra*, Editorial Lex, La Habana, 1959, p. 132.
38. Rolando E. Bonachea y Nelson P. Valdés, eds., *Che: Selected Works of Fidel Castro*, v. 1, MIT Press, Cambridge, 1972, pp. 164-221.
39. José Martí, *Obras completas*, v. 4, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, p. 306.
40. Claudia Furiati, *ob. cit.*, pp. 201 y 203.
41. Tomás Borge, *ob. cit.*, p. 269.
42. Fidel Castro Ruz, «Discurso en Artemisa, 17 de enero de 1959», disponible en www.cuba.cu.
43. Carlos Marx, «El 18 Brumario de Luis Bonaparte», *Obras escogidas de Marx y Engels*, t. 1, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1977, p. 251.
44. *Ibidem*, p. 252.
45. Ernesto Che Guevara, «Cuba: ¿excepción histórica o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?», *Escritos y discursos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1977, p. 23.
46. Véase Richard Gott, *Cuba, A New History*, Yale University Press, New Haven, 2004, p. 167.
47. Fidel Castro Ruz, «Discurso en Santa Clara, 6 de enero de 1959», versión taquigráfica de la Oficina del Primer Ministro, disponible en www.cuba.cu.
48. Hay en los Estados Unidos mucha literatura que plantea la tesis de la «revolución traicionada». Uno de los primeros exponentes fue Teresa Casuso, *Cuba and Castro*, Random House, Nueva York, 1961. El gobierno de Kennedy usó la frase en el Libro Blanco escrito por la CIA a pocas horas de comenzada la invasión a Bahía de Cochinos.
49. Fidel Castro Ruz, «Discurso en el Acto solemne en conmemoración del XXX aniversario del triunfo de la Revolución, Santiago de Cuba, 1 de enero de 1989», versiones taquigráficas del Consejo de Estado, disponible en www.cuba.cu.
50. Fidel Castro Ruz, «Discurso en la clausura del VI Congreso de la ANAP, Teatro Karl Marx, 17 de mayo de 1982», disponible en www.cuba.cu.
51. Fidel Castro Ruz, «Palabras en el Acto de graduación de los cadetes del Ejército Rebelde, 29 de octubre de 1960», disponible en www.cuba.cu.
52. Nelson P. Valdés, «Fidel Castro, Charisma and Santería...», *ob. cit.*, p. 237.
53. Fidel Castro Ruz, «Discurso en la concentración popular en el Palacio Presidencial, 21 de enero de 1959», Departamento de versiones taquigráficas del Gobierno Revolucionario, disponible en www.cuba.cu.
54. El hecho de que Fidel Castro no ocupara cargo gubernamental oficialmente es un aspecto de la literatura sobre el carisma revolucionario en Cuba que requiere análisis. El punto clave, por supuesto, es que en ese momento el líder revolucionario tenía una organización para tomar el poder, pero no para administrar el Estado. Es por ello que las primeras semanas de 1959 estuvieron dominadas por políticos moderados que sabían dirigir el Estado, aunque la mayoría de las instituciones estatales habían desaparecido.
55. Fidel Castro Ruz, «Discurso en conmemoración del Día Internacional del Trabajo, Plaza de la Revolución, 1 de mayo de 1960», Departamento de versiones taquigráficas del Gobierno Revolucionario, disponible en www.cuba.cu.
56. Fidel Castro Ruz, «Discurso en la clausura del acto de la Juventud en Las Villas», *Revolución*, La Habana, 22 de octubre de 1964, p. 6.
57. Max Weber no ve conflicto entre el carisma y un enfoque plebiscitario de la política. Algunos autores lo han criticado. Véase Steven Pfaff, «Nationalism, Charisma, and Plebiscitary Leadership: The Problems of Democratization in Max Weber's Political Sociology», *Sociological Inquiry*, v. 72, n. 1, Omaha, invierno de 2002, pp. 81-107.
58. Raúl Castro, «Discurso ante los cuadros y funcionarios del Comité Central el 4 de mayo de 1973», *Órgano del Poder Popular*, La Habana, 1974, pp. 127-143.

59. Fidel Castro Ruz, «Discurso en el Acto central en conmemoración del XXII aniversario del asalto al Cuartel Moncada, Santa Clara, 26 de julio de 1975», disponible en www.cuba.cu.
60. Fidel Castro Ruz, «Discurso en el Acto central en conmemoración del XX aniversario del asalto al Cuartel Moncada, Santiago de Cuba, 26 de julio de 1973», disponible en www.cuba.cu.
61. Fidel Castro Ruz, «Discurso en la sesión solemne de Constitución de la Asamblea Nacional del Poder Popular, 2 de diciembre de 1976», disponible en www.cuba.cu.
62. Nelson P. Valdés, «Revolution and Institutionalization...», ob. cit., p. 13.
63. Para una descripción detallada del sistema de gobierno, véase Ricardo Alarcón de Quesada, *Cuba y la lucha por la democracia*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
64. Michael A. Toth, «Toward a Theory of the Routinization of Charisma», *Rocky Mountain Social Science Journal*, v. 9, n. 2, Fort Collins, CO, abril de 1972, pp. 93-8.
65. Véase Orlando Borrego, *Che, el camino del fuego*, Imagen Contemporánea, La Habana, 2001, pp. 201-368. Esto lo afirma Guevara en su famoso ensayo «Contra el burocratismo», *Temas económicos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1988, pp. 279-84. Otro trabajo útil sobre el tema es Carlos Tablada Pérez, *El pensamiento económico de Ernesto Che Guevara*, Casa de las Américas, La Habana, 1987.
66. «El Partido debe fortalecerse más que nunca», *Granma Internacional*, La Habana, 4 de julio de 2006; Mauricio Vicent («Una dirección colectiva gobierna Cuba», *El País*, Madrid, 4 de agosto de 2006) entró en detalles sobre el tema: «Raúl reaccionaba a un próximo informe preparado por la Comisión de Asistencia a una Cuba Libre (CAFC), nombrada por el gobierno de los Estados Unidos, una organización presidida conjuntamente por la secretaria de Estado Condoleezza Rice y el secretario de Comercio Carlos Gutiérrez. El informe contenía una sección secreta: el plan para derrocar al gobierno de Cuba. El analista político Mike Leffert comentó: «Desde sus primeras palabras, el informe, comenzando por el Capítulo 1: “Apresuramiento del fin de la dictadura de Castro: Transición, no sucesión” no deja espacio a dudas sobre la intención y propósito de la política estadounidense. Una reunión de información del Departamento de Estado celebrada el 10 de julio recalca el punto de que los Estados Unidos planean intervenir, «siempre que —dijo el secretario Gutiérrez— nos lo pida un gobierno de transición de Cuba comprometido a dismantlar todos los instrumentos de represión y aplicar libertades fundamentales y derechos humanos respetados internacionalmente, incluida la organización de elecciones libres y justas para un nuevo gobierno cubano electo democráticamente en un período no superior a 18 meses».
67. «Es preciso que el Partido se fortalezca como nunca», *Granma*, La Habana, 4 de julio de 2006; Mauricio Vicent, «El Partido Comunista cubano se refuerza con vistas a la sucesión de Fidel Castro», *El País*, Madrid, 5 de julio de 2006; «Fidel Castro fortalece al Partido Comunista como su heredero en el poder», *AFP*, París, 4 de julio de 2006.
68. Fidel Castro Ruz, «Mensaje a la Mesa redonda, 17 de diciembre de 2007», disponible en www.cuba.cu.
69. Fidel Castro Ruz, «Mensaje del Comandante en Jefe, 18 de febrero de 2008», disponible en www.cuba.cu.
70. Ídem.
71. Ídem.
72. Raúl Castro Ruz, «Discurso en las conclusiones de la sesión constitutiva de la VII Legislatura de la Asamblea Nacional del Poder Popular», *Granma*, La Habana, 24 de febrero de 2008.